

KATHERINE DUNN

Amor de monstruo



Traducción de Jordi Mustieles Rebullida

Título original: *Geek Love*

Diseño de colección: Setanta
www.setanta.es

© del texto: Katherine Dunn, 1989
© de la traducción: Jordi Mustieles Rebullida
© de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès
Impresión: Liberdúplex
Impreso en España

Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-17552-07-7
Depósito legal: B 26792-2018

Todos los derechos están reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial
de este libro por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso
de los titulares del copyright.

A Eli Malachy Dunn Dapolonia

Este objeto de las tinieblas lo reconozco como mío.

PRÓSPERO

La Tempestad (5. 1. 275-6)

Libro primero

Jardinero de medianoche

La familia nuclear:

LA CHARLA DE ÉL, LOS DIENTES DE ELLA

—Cuando vuestra mamá hacía de excéntrico, angelitos míos —solía decir papá—, convertía el rebanado de cuellos en tal misterio que las propias gallinas se lanzaban hacia ella y bailaban a su alrededor, embelesadas. «Abre la boca, Dulce Lil —cloqueaban—, y enséñanos tus dientes.»

Y esa misma Crystal Lil, nuestra mamá de estrellados cabellos, confortablemente sentada en el sofá empotrado que por las noches servía de cama a Arty, emitía una risita ahogada sin levantar la vista del costurero que sostenía en su regazo y meneaba la cabeza.

—No les cuentes disparates a los niños, Al. Aquellas gallinas corrían como las liebres.

Esto sucedía en las noches de carretera, entre espectáculos y poblaciones, en algún descampado junto al camino, con los demás camiones, camionetas y remolques de la Feria Fabulonia de Binewski ordenadamente aparcados a nuestro alrededor. A salvo en nuestra aldea portátil.

Después de cenar, sentados al resplandor de la lámpara con los estómagos llenos, a los Binewski nos correspondía leer y estudiar. Pero si llovía, el espíritu narrador se apoderaba de papá. El siseo y el repiqueteo sobre el metal de nuestra gran furgoneta

vivienda lo distraían del estudio. Que lloviese en noche de espectáculo era una catástrofe. Pero la lluvia en la carretera significaba charla, lo que para papá era un auténtico placer.

—Es una pena y una vergüenza, Lil —decía papá—, que esta prole tuya solamente conozca a esos refinados excéntricos que vienen de Yale a pasar el verano.

—De Princeton, querido —le corregía mamá con suavidad—. Randall comenzará el segundo curso este otoño. Creo que es nuestro primer chico de Princeton.

Nosotros, los niños, percibíamos que la narración iba a perderse en trivialidades. Arty me daba un codazo y yo levantaba la voz:

—¡Háblanos de cuando mamá hacía de excéntrico!

Y Arty, Elly, Iphy y Chick se acomodaban a mi lado en el suelo, formando una hilera entre mamá y el asiento de papá.

Mamá simulaba estar absorta en su costura y papá se retorció el mostacho y hacía vibrar sus enmarañadas cejas, fingiendo desgana.

—Bueeeno... Eso fue hace mucho tiempo...

—¡Antes de que nacióramos!

—Mucho antes —nos aseguraba, agitando el brazo con su imponente estilo de maestro de ceremonias—. Antes incluso de que hubiera soñado con vosotros, angelitos míos.

—Por entonces yo aún era Lillian Hinchcliff —intervenía mamá en tono reflexivo—, y cuando vuestro padre me hablaba, cosa que hacía muy de vez en cuando y de mala gana, me llamaba «señorita».

—¡Señorita! —exclamábamos entre risitas.

Papá proseguía en un susurrante vozarrón, como si mamá no pudiera oírle:

—¡Aterrorizado! Estaba tan impresionado que hasta tartamudeaba cuando tenía que hablar con ella. «Se-se-se-señorita...», le decía.

La idea de que papá, el GRAN CHARLATÁN, pudiera sentirse tan cohibido, hacía que nos partiéramos de risa.

—Y yo, naturalmente, me dirigía a vuestro padre como señor Binewski.

—Conque ahí estaba yo la mañana del 3 de julio —seguía papá—, limpiando a manguerazos el foso del excéntrico para quitar la sangre seca y las plumas de gallina, mientras me felicitaba por los magníficos carteles que había mandado hacer y me decía que iba a vender entradas al por mayor, porque el fin de semana del 4 de julio es el mejor momento del año para los excéntricos, y el que tenía yo entonces era un excéntrico estuendo y muy musculoso. Un entusiasta de su trabajo, vaya si lo era. Así que estaba yo limpiando, la mar de tranquilo y satisfecho conmigo mismo, cuando de repente se presenta vuestra mamá, con un aspecto como para comérsela, y me anuncia que mi excéntrico se ha largado en mitad de la noche, que ha hecho el hatillo y ha tomado un taxi hacia el aeropuerto. Que ha dejado una nota explicando que su papá está muy enfermo y que él, el excéntrico, debe retirarse de los escenarios y regresar a Filadelfia para hacerse cargo del banco de la familia.

—Una agencia de bolsa, querido —le corregía mamá.

—¡Y con vuestra mamá, la señorita Hinchcliff, plantada delante de mí como un helado triple de vainilla, ni siquiera puedo soltar una maldición! ¿Qué voy a hacer? ¡Los carteles del excéntrico ya están pegados por todo el pueblo!

—Todo esto ocurrió durante una guerra, pequeños —explicaba mamá—. No recuerdo exactamente cuál. Vuestro padre tenía muchos problemas para encontrar gente que le ayudara en la feria, pues de lo contrario, con mi falta de experiencia, jamás me habría contratado ni para coser trajes.

—Conque ahí estaba yo, atontado de respirar el perfume *Mazapán de Medianoche* que usaba la señorita Hinchcliff y bizco de tanto pensar. Yo no podía salir al foso porque estaba

ocupadísimo. No podía pedírselo a Horst el domador porque, para empezar, era vegetariano, y además su dentadura postiza se habría desintegrado nada más tocar el primer cuello de gallina. Y de repente vuestra mamá, como si estuviera ofreciéndome jerez y galletitas, dijo: «Lo haré yo, señor Binewski». Estuve a punto de hacérmelo en los pantalones de alegría.

Mamá sonrió dulcemente hacia su labor y asintió con la cabeza.

—Quería demostrar que podía ser útil para la feria. Solo llevaba un par de semanas con la Fabulonia de Binewski y me daba perfecta cuenta de que me tenían a prueba...

—Así que yo le contesto —la interrumpió papá—: «Pero, señorita, ¿y sus dientes?». Quería decir que podía rompérselos o estropeárselos, claro, y entonces ella sonríe de oreja a oreja, como está sonriendo ahora, y dice: «A mí me parece que son bastante afilados».

Miramos a mamá. Sus dientes eran blancos y perfectos pero, naturalmente, por entonces ya eran todos postizos.

—Miré su linda y delicada quijada y solté un gemido. «No», le dije, «no podría pedirle que lo hiciera...». Pero entonces se me ocurrió que una rubia hermosa y con piernas, quiero decir que vuestra mamá tiene lo que en el oficio se conoce como PIERNAS, no le haría ningún daño al negocio. Yo nunca había oído hablar de ninguna chica que hiciera de excéntrico, y las posibilidades para los carteles eran gloriosas... Pero volví a pensar, no..., ella no podía...

—Lo que vuestro papá no sabía es que me había fijado varias veces en el excéntrico y, por supuesto, cuando vivía en casa solía ayudar a Minna, nuestra cocinera, a matar a los pollos. Lo tenía atrapado. No le quedaba más remedio que dejarme probar.

—¡Oh, pero no os imagináis el miedo que pasé aquella tarde, cuando llegó la hora de la primera representación! Miedo a que le diese asco y se volviera a su casa de Boston. Miedo a

que cambiase de idea en el último momento y la multitud se me echara encima exigiéndome que les devolviera su dinero. Miedo a que se hiciera daño... Uno de esos bichos podía arañarla o saltarle un ojo en cualquier momento.

—Yo también estaba bastante nerviosa —reconoció mamá.

—Había una gran muchedumbre. Era un sábado caluroso, al día siguiente era el 4 de julio. Yo mismo llevaba todo el día corriendo de un lado a otro como un pollo descabezado, y apenas pude agazaparme tras el foso un segundo, antes de ponerme en la puerta para atraer a los memos. Y ahí estaba ella, igual que una mariposa...

—Solo llevaba unos andrajos, en realidad. De color blanco, para que la sangre se viera perfectamente aun en la oscuridad del foso...

—Pero, ¡qué andrajos más inteligentes! ¡Qué sedosos y escotados, con su corte lateral a lo largo del muslo! Respiré hondo y salí a darles la charla para que entraran. Y vaya si entraban. Recuerdo que había un montón de soldados entre el público. Todavía estaba despachando entradas cuando empezaron a aplaudir y a silbar, y el griterío y el golpear de pies sobre las viejas gradas de madera aún atrajeron más público. Al final, llamé a uno de los chicos que vendían palomitas para que se ocupara de las entradas y pasé adentro para verlo con mis propios ojos...

Papá le dirigió una amplia sonrisa a mamá y se retorció el bigote.

—Jamás lo olvidaré —concluyó, riendo entre dientes.

—Yo no podía gruñir ni rugir de forma convincente, claro. De modo que cantaba —explicó mamá.

—¡Alegres cancioncitas alemanas! ¡Con su aguda vocecilla!

—Franz Schubert, queridos.

—Iba revoloteando de un lado a otro como un delicado pajarillo, y cuando atrapaba a aquellas gallinas feas y alborotadoras, nadie podía creer que verdaderamente les fuese a hacer algo.

Pero cuando siguió adelante sin inmutarse y les arrancó la cabeza a bocados, aquello fue el delirio. Jamás se había visto tan elegante torsión de muñeca, tan vampiresco refulgir de colmillos sobre un cuello, tan achampañada aproximación a la sangre. Vuestra mamá sacudía su cabellera, blanca como una lluvia de estrellas, y la cabeza del pollo caía mientras ella le hundía sus uñas rosadas, alzaba el aleteante y tembloroso cadáver como si de una copa de oro se tratase, ¡y sorbía! ¡Sorbía con fruición las palpitantes entrañas! ¡Era magnífica! ¡Una princesa, una Cleopatra, una reina de los elfos! Así era vuestra mamá en el foso del excéntrico.

»La gente se atropellaba por verla. Construimos más bancos. La trasladamos a la carpa más grande que teníamos, con capacidad para 1.100 espectadores, y aún faltaba sitio.

—Era divertido —admitía Lil—. Pero enseguida me di cuenta de que no era mi verdadera vocación.

—Sí... —Y papá me fruncía el ceño y se miraba las manos, repentinamente silencioso.

Notando que la historia se evaporaba, alguno de nosotros se apresuraba a preguntar:

—¿Por qué lo dejaste, mamá?

Y entonces ella suspiraba y, alzando la vista por debajo de sus cejas vidriosas, contemplaba a papá, nos miraba luego a nosotros, acurrucados en un montón sobre el suelo, y respondía con voz suave:

—Siempre había soñado con volar. En Abilene se unieron a la feria los Antifermo, el clan de trapevistas italianos, y yo les rogué que me enseñaran... —A partir de ahí, ya no se dirigía a ninguno de nosotros, sino exclusivamente a papá—. Y, Al, sabes muy bien que jamás te habrías atrevido a proponerme matrimonio si no me hubiera caído y hubiese quedado tan estropeada. ¿Dónde estaríamos ahora si no lo hubiera hecho?

Papá asentía:

—Sí, sí, y yo hice que volvieras a caminar perfectamente, ¿no es verdad? —Pero su rostro se volvía inexpresivo, su sonrisa desaparecía y sus ojos se posaban en el cartel que cubría la puerta corredera de su dormitorio. Estaba impreso sobre un viejo papel plateado, un papel caro, con la solitaria y exuberante figura de mamá tachonada de lentejuelas, sonriente, erguida y con los brazos alzados de forma que sus manos, enfundadas en sendos guantes rojos que le llegaban hasta el codo, rozaban el arco de estrelladas letras que anunciaban «CRYSTAL LIL» sobre su cabeza.

Mi padre se llamaba Aloysius Binewski. Se crió en una feria ambulante que pertenía a su padre, La Fabulonia de Binewski. Papá tenía veinticuatro años cuando murió el abuelo y la feria pasó a sus manos. Al atornilló cuidadosamente la urna de plata con las cenizas de su padre sobre la cubierta del camión generador que proporcionaba la electricidad. El viejo había vagado tanto tiempo con la feria que sus restos se habrían sentido desdichados si los hubieran abandonado en alguna cripta estacionaria.

Corrían malos tiempos, y el negocio, aunque no por culpa del joven Al, estaba de capa caída. Cinco años después de la muerte del abuelo, la otrora próspera feria se encontraba en plena decadencia.

El espectáculo sufría la carga de un león envejecido que rompía repetidamente carísimas dentaduras postizas al morder los barrotes de su jaula, una mujer gorda cuyo suministro de alimentos iba incluido en el contrato y exigía constantes aumentos según el índice del costo de la vida, y la huida de una familia completa de erotistas de animales a medianoche, que se llevaron consigo el asno, el chivo y el gran danés.

Poco después, la mujer gorda abandonó el buque para convertirse en modelo de una revista llamada *Chubby Chaser*. Mi

padre se quedó con un tragafuegos de segunda que funcionaba a base de *fuel-oil* y con la perspectiva de una muy larga temporada en un aparcamiento para remolques a las afueras de Fort Lauderdale.

Al era el típico yanqui, partidario de la libre determinación y la independencia, y aquella crisis sacó a la luz su potencial de genialidad: fue entonces cuando decidió engendrar su propio espectáculo de monstruos.

Mi madre, Lillian Hinchcliff, era una digna aristócrata de la zona más selecta de Beacon Hill, en Boston, que había renunciado a su ambiente e ingresado en la feria para convertirse en volatinera. Diecinueve años son demasiados para aprender a volar, y Lillian se cayó y se fracturó su elegante nariz y ambas clavículas. Esto le hizo perder el temple, pero no su apasionada afición por el serrín y las candilejas, y fue esta pasión la que la convirtió en entusiasta partícipe del proyecto de Al. Estaba dispuesta a aportar su grano de arena a cualquier esfuerzo dirigido a renovar el interés del público hacia el espectáculo. Y, por otra parte, la idea de una seguridad heredada era algo que le había sido inculcado desde niña. Como a menudo solía decir: «¿Qué mayor don podrías ofrecer a tus hijos que la capacidad de ganarse la vida solo por ser como son?».

Esta pareja llena de recursos comenzó a experimentar con drogas —de la farmacopea e ilegales—, con insecticidas y, finalmente, con isótopos radiactivos. A lo largo de este proceso, mi madre experimentó una compleja dependencia a diversas clases de drogas, pero eso no le importó. Segura del ingenio de papá para mantener su suministro, Lily parecía considerar su adicción como un insignificante efecto secundario de la creativa colaboración entre ambos.

Su primogénito fue mi hermano Arturo, generalmente conocido como «Aqua Boy». Sus manos y sus pies eran unas aletas que le brotaban directamente del torso, sin interposición de

brazos ni piernas. Aprendió a nadar en la primera infancia y se exhibía desnudo en un gran depósito de paredes transparentes, como un acuario. Con tres o cuatro años, su truco favorito consistía en aplastar la cara contra el cristal y contemplar al público con sus ojos saltones mientras abría y cerraba la boca como una perca del río, para luego darles la espalda y alejarse chapoteando, mostrándoles el zurullo que pendía de sus musculosas nalguitas. Pasado el tiempo Al y Lil se reírían del asunto, pero entonces les causaba una gran consternación, además de obligarles a esterilizar el depósito con más frecuencia de la habitual. Según fueron pasando los años, Arty se acostumbró a usar traje de baño y se volvió más refinado, pero también se ha dicho, y algo hay de verdad en ello, que su actitud no llegó a cambiar nunca.

Mis hermanas, Electra e Iphigenia, nacieron cuando Arturo tenía dos años y comenzaba a atraer multitudes. Las chicas eran siamesas con la parte superior del cuerpo perfectamente formada pero unidas por la cintura, de forma que compartían un solo juego de caderas y piernas. Por lo general solían sentarse, andar y dormir rodeándose la una a la otra con sus largos brazos. A pesar de todo, podían mirar directamente al frente dejando que el hombro de una se deslizara sobre el de la otra. Siempre fueron hermosas, esbeltas y de grandes ojos. Estudiaron música, y desde pequeñas interpretaron dúos al piano. Hubo quienes juzgaron que sus composiciones para cuatro manos constituían una revolución en la escala dodecafónica.

Yo nací tres años después que mis hermanas. Mi padre no escatimó en gastos para sus experimentos: tanto en la ovulación como durante el embarazo, mi madre fue profusamente tratada con cocaína, anfetaminas y arsénico. Para ellos fue una gran decepción verme nacer con unas deformaciones tan vulgares. Mi albinismo es de la habitual variedad de ojos rosados, y mi joroba, aunque pronunciada, no se distingue de las jorobas ordinarias ni en su forma ni en su tamaño. Mis deformidades eran demasiado

aburridas para ser comercializadas en la misma medida que las de mi hermano y mis hermanas. Aun así, mis padres advirtieron que yo estaba dotada de una potente voz, y decidieron que podría ser de utilidad en la feria como señuelo y voceador. Una jorobada calva y albina parecía el perfecto aliciente para atraer la atención hacia los esotéricos talentos del resto de la familia. El enanismo, que se hizo del todo evidente hacia mi tercer cumpleaños, proporcionó una agradable sorpresa a la paciente pareja y aumentó mi valor. Desde un principio dormí en el armario empotrado situado bajo el fregadero, en la furgoneta-vivienda de la familia, y pronto dispuse de una colección de exóticas gafas de sol para resguardar mis sensibles pupilas.

A pesar de los carísimos tratamientos a base de radio que se incluyeron en su diseño, mi hermano menor, Fortunato, nació aparentemente normal. Este lamentable estado deprimió tanto a mis emprendedores padres que de inmediato se dispusieron a abandonarlo en una gasolinera cerrada a las afueras de Green River, Wyoming, a altas horas de la madrugada. Mi padre había aparcado ya la furgoneta en previsión de una rápida retirada y había salido para ayudar a mi madre a depositar la caja de cartón que contenía al bebé en algún rincón seguro. En aquel preciso instante, el bebé, de apenas dos semanas, miró vagamente a mi madre y en cuestión de segundos reveló que no era en absoluto un fracaso, sino, al contrario, la obra maestra de mis progenitores. Tuvo suerte, y por eso le pusieron el nombre de Fortunato. Por un motivo u otro, nosotros siempre le llamamos Chick.

—Papá —decía Iphy.

—Sí —decía Elly. Estaban las dos detrás de su gran sillón, cuatro brazos que se deslizaban para enredarse en torno a su cuello, dos rostros enmarcados en lisos cabellos negros, contemplándolo desde ambos lados.

—¿Qué estáis tramando, chicas? —Se reía y dejaba la revista que estaba leyendo.

—Cuéntanos cómo pensaste en nosotras —le pedían.

Yo me apoyaba en su rodilla y alzaba la vista hacia su bondadosa cara.

—Por favor, papá —le rogaba—, hablemos del Jardín de Rosas.

Él refunfuñaba, se hacía de rogar y se negaba, y nosotros insistíamos con halagos.

Finalmente, Arty acababa sentado en sus rodillas, entre los brazos de papá, y Chick se acomodaba en el regazo de Lily, y yo me apoyaba en el hombro de Lily mientras Elly e Iphy se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas y sus cuatro brazos a la espalda, como puntales góticos que sostuvieran sus encorvados hombros, y Al se echaba a reír y nos contaba la historia.

—Eso fue en Oregón, allá en Portland, llamada la Ciudad de las Rosas, aunque no me puse manos a la obra hasta cosa de un año más tarde, cuando nos encontrábamos atascados en Fort Lauderdale.

Un día, preocupado, agobiado por minucias del negocio, condujo hasta un parque en la ladera de una colina y salió a dar un paseo.

—Desde allí arriba se veían kilómetros y kilómetros de terreno. Había una gran rosaleda con glorietas, fuentes y espalderas. Los senderos eran de ladrillo y serpenteaban en todas direcciones.

Tomó asiento en un peldaño que conducía de un terraplén a otro y contempló las rosas experimentales.

—Era un jardín de pruebas, y los colores eran... diseñados. De rayas, con diferentes capas, de un color en la parte interior del pétalo y otro color distinto por fuera.

»Yo estaba furioso con Maribelle, una boba que ya llevaba mucho tiempo con vuestra madre y conmigo, que quería un aumento que yo no podía permitirme.

La visión de las rosas le hizo pensar en cómo su singularidad

les confería hermosura, y cómo esta singularidad había sido proyectada para darles valor.

—La idea se me ocurrió de pronto, clara y completa desde el primer momento, sin necesidad de cavilaciones. —Comprendió que también los niños podían ser diseñados—. Y me dije para mis adentros: ¡Ese sí que sería un jardín de rosas digno del interés de un hombre!

Nosotros, los niños, sonreíamos y lo abrazábamos, y él nos devolvía una radiante sonrisa y enviaba a las mellizas a buscar una jarra de cacao al carro de las bebidas y a mí a por una bolsa de palomitas, porque de todos modos las pelirrojas iban a tirarlas cuando cerraran el puesto. Y nos acomodábamos todos en la acogedora furgoneta-vivienda, comiendo palomitas de maíz, bebiendo cacao y sintiéndonos como las rosas de papá.